

DIMENSIÓN Y URGENCIA DE LA IDEA NACIONALISTA. Pequeño discurso sobre venezolanidad y americanidad*

Mario Briceño- Iragorry

MOTIVO

Durante el primer tercio del siglo XIX llegaban de América al Viejo Mundo ecos ardorosos aún de la lucha portentosa que allá se realizaba en pos de la libertad y del derecho de los pueblos. Las proezas de Aquiles y los consejos de Néstor revivían en el brazo y en los labios de los valientes y austeros patriotas del hemisferio occidental. Entusiastas y audaces jóvenes de Europa tomaban apresurados e intrépidos las naves que los llevaban a sumar su esfuerzo al de los heroicos adalides de la epopeya americana.

Metal de diálogo griego tienen las palabras con que el venerable irlandés O'Connor preguntaba a Bolívar si su hijo se conducía de un modo digno de su nombre, de sí mismo, de su familia, de su desgraciada pobre patria y de la causa que estaba defendiendo. Los oídos de todos los hombres libres de la vieja Europa estaban, pues, a la espera de nuevas sobre el curso seguido en América por los gloriosos ejércitos de la Libertad. Vivía el Viejo Mundo la alegría parturienta de la América nueva.

Comenzaba entonces en nuestro continente indohispano una época fresca de la Historia Universal, durante la cual se esperaba ver realizado en un mundo de confluencia,

el nuevo humanismo de la libertad, de la igualdad y del decoro. El proceso aglutinante de razas y de pueblos, cumplido con hondo sentido de humanidad en la entraña liberal de las colonias hispánicas, ya daba su fruto esperanzado. A la superficie de la política surgían flamantes repúblicas, llamadas a ser testimonio del progreso continuo del espíritu.

Sin embargo, al lograr perfección la libertad exterior y tomar carácter autónomo las nuevas unidades políticas, quedaron en ellas, como precio de la victoria y en bulto de actualidad, elementos subalternos, destinados en buena lógica a tomar de nuevo su composición secundaria en el orden del poder. Largo proceso de luchas entre esta parte disvaliosa, aun no fundida del todo por la cultura, y la parte que vocea los derechos permanentes de la libertad y del decoro cívico, han llenado la historia de América. La hora helénica en que fue elaborada la gesta de la libertad, ha sido sustituida por la hora fenicia de la república rendida al soborno de los mercaderes extraños. El mensaje que entonaron nuestros padres con voz cargada de dignidad y altivez, fue trocado con el silencio de bocas ocupadas en bajos menesteres. Al problema interior, se sumó el problema de las fuerzas foráneas que buscaban el aprovechamiento de las

**Obras Completas* (Volumen XI). Actuación Pública (1925-1958). Ediciones del Congreso de la República. Caracas /Venezuela /1991. Págs. 361398.

grandes riquezas encerradas en nuestros territorios. Unos y otros hicieron causa común para el negocio. Los herederos de los grandes patricios volvieron hacia la pared de efígie comprometedora de los antepasados y sustituyeron el indumento del decoro antiguo por el disfraz del rendido pitiyanqui. Estados Unidos comprendió que la irresponsabilidad política de los países latinoamericanos es su mejor aliado para que los nuevos ejércitos de la ocupación pacífica—financistas, industriales, comerciantes— pudieran rendir sin alarde alguno la voluntad engañada de los pueblos. Suyo ha sido, en consecuencia, el empeño de mantener la división exterior de nuestros países y la división interna de sus pueblos. Suyo ha sido, también, el propósito de fomentar métodos y corrientes de ideas que susciten el agotamiento de las fuerzas que pudieran oponerse a la nueva conquista de la libertad, principales entre ellas la desgana por el derecho y el menosprecio ostensible de sus frutos.

Ya no se lucha por principios encaminados a fijar una posición cualquiera. Se lucha abiertamente por acabar la vieja República democrática y por erigir en lugar suyo un orden personal de fuerza, que facilite el aprovechamiento de los países por los intereses del imperialismo.

En Venezuela, como en Chile, como en Bolivia, como en Panamá, como en Argentina, como en Guatemala, como en Brasil, como en Costa Rica, se ha venido formando un denso sentimiento nacionalista, que tanto persigue el equilibrio en las fuerzas que dirigen al pueblo, como la intervención en los intereses que detentan la riqueza nacional. El nacionalismo, como movimiento integrador, sabe que solamente bajo de los contornos nacionales de la Patria. Por ello, sus planes de lucha miran a la manera del estar político del país y a la manera de ser el país en el orden de la política internacional. Las armas contra el enemigo de fuera no pueden estar para tal evento en manos que diariamente corren el nudo a la garganta de aquellos que claman por

la efectividad interior de la República. Sus grandes instrumentos de lucha son la unidad y la concordia del pueblo, como garantía de un frente democrático que asegure la libertad interior y el decoro exterior del país.

En los últimos años yo he dedicado por entero mi trabajo de escritor a la defensa de la idea nacionalista. Mi obra, ya larga de historiador, está también consagrada al estudio del suelo histórico donde arraiga el árbol poderoso de la Patria. En mi modesta labor de servidor público, puse siempre de norte los intereses autonómicos de la República. Hoy, fuera del país, comprendo que nada me acerca tanto a su corazón dolorido como proseguir románticamente—según dicen los compatriotas perdidos para las empresas del espíritu—, la obra paciente y sin lustre actual de defender sus signos esenciales.

Razones geográficas avivan mi angustia en el momento presente. A la vieja Europa, donde hoy forzosamente vivo, no llega nada que se parezca a las voces poderosas que venían de América en aquellos tiempos que parecen sueños, cuando Lord Byron bautizaba su yate con el nombre de “Bolívar” y en la propia Grecia, renacida para la libertad, estaban pendientes los jóvenes patriotas de la suerte de los nuevos homéridas de América. Al Viejo Mundo viene, en cambio, el eco doliente de la inmensa tragedia que sufre nuestro continente mulato, presa, en la mayoría de sus repúblicas, de burdos tiranos, y estrangulado, en su gran conciencia de pueblo, por la fuerza avasalladora del imperialismo norteamericano. Ya no llega a Europa el mensaje que inició nuestro mundo del siglo pasado. En sustitución de aquellas voces claras, altivas, ejemplares, se oye el eco sordo del anti-verbo que ha logrado derrotar, para el brillo exterior, a la palabra orientadora del civismo. Corresponde, por ello, a los evadidos del silencio, mostrar que en el Nuevo Mundo latino hay todavía conciencias en cuyo fondo libérrimo vive la fe en el porvenir de la libertad.

Madrid, 5 de julio de 1953

Sin embargo, Jeroboán, rey de Israel, no creyendo con ánimo impío a Dios, a quien por experiencia había hallado propicio y verdadero en haberle prometido y dado el reino, temió que, acudiendo sus vasallos al templo de Dios, existente en Jerusalén (donde, conforme a la divina ley había de presentarse toda aquella nación para ofrecer los sacrificios), se los sonsacasen y volviesen a rendir vasallaje y obediencia a los hijos de David como a descendencia real; para impedirlo estableció la idolatría en su reino, engañando con impiedad nefanda al pueblo de Dios, y obligándole, como lo estaba él, al culto y reverencia de los ídolos. Mas, no por eso dejó Dios de reprender por sus profetas, no sólo a este rey, sino también a los que le sucedieron e imitaron en su impiedad, y al mismo pueblo, porque entre ellos florecieron aquellos grandes y famosos profetas que obraron tan portentosas maravillas y milagros, Elías y Eliseo, su discípulo. Y diciendo Elías: “Señor, han matado a tus profetas, han derribado tus altares: yo he quedado solo y andan buscando ocasiones para quitarme la vida”. Le respondió Dios: “Que aún había entre ellos siete mil personas que se habían arrodillado de Baal”.

San Agustín, La Ciudad de Dios. Libro XVII, capítulo XXII.

Cuando escribí mi ensayo “Mensaje sin destino”, no había advertido aun la fuerza que tiene en la conciencia del pueblo las consignas de la unidad en torno a los valores que concretan la razón histórica y geográfica del país. Por la aceptación que alcanzó aquel estudio, me fue fácil comprender como nuestras masas están maduras para la inteligencia del problema nacionalista.

Nuestro pueblo tiene ansia de sentirse y realizarse en venezolano. Rechaza nuestro pueblo todo ordenamiento enderezado a aminorar la fuerza de su soberanía y a disminuir el tono de su independencia.

Sí en realidad las clases altas están comprometidas en una política entreguista, la mayoría del pueblo piensa y siente de distinto modo. También las clases altas –las “minorías traidoras” de mi anterior ensayo¹– están empeñadas en dar vigencia a conceptos contrarios al destino republicano de la Nación;

¹ “La Traición de los Mejores”.

las otras clases, empero, piensan y sienten también de diversa manera.

Todo movimiento que aspire a ser mirado como expresión de los intereses del pueblo, ha de proclamar como tema irrenunciable la defensa de la nacionalidad. Entre los votos más ingenuos y vivos de las masas están, tanto la realización de una política popular en lo que se refiere a la técnica del poder, como la defensa de los valores que integran el tuétano de lo nacional. Ningún partido que pretenda usar con legítimo derecho el cognomento de popular, puede desechar estos dos puntos clave para su estructura programática.

El tema del nacionalismo, sin embargo, es tomado por muchos en un sentido contrario a sus propios valores de creación en el orden del pueblo. Arturo Uslar Pietri disintió en la prensa de Caracas de las tesis tradicionalistas sobre las cuales Mariano Picón Salas, Miguel Acosta Saignes y yo hacíamos gravitar irrenunciables valores de la nacionalidad. Quiso mostrarse Uslar Pietri por avisado amigo del progreso frente a un supuesto destino de gotoso tinajero, fomentado por nosotros como finalidad nacionalista. Provocado el debate, Uslar Pietri, volviendo sobre la responsabilidad de su autorizada pluma, buscó oportunidad de rectificar juicios precipitados. Igual cosa hubieron de hacer otros compatriotas que habían confundido el alcance de la campaña que varios escritores veníamos realizando en orden a exaltar los valores tradicionalistas del país.

La problemática del tradicionalismo no se reduce a la simple consideración de un férreo mantenimiento de formas elaboradas por el tiempo. El tradicionalismo indica sobre todo búsqueda de sustancia creadora y de realidad operante. Las formas son meros aspectos que pueden coadyuvar a hacerlas más respetables. A pesar del aparente modernismo, más tradicionalista, por ejemplo, es el movimiento que persigue el retorno de la liturgia católica a la lengua vulgar, en que eran celebrados los oficios divinos en la Roma primitiva, que la defensa de los sacramentos

venerables, que fijaron normas latinas para nuestro rito occidental. Como función de comunidad, la liturgia usaba el idioma popular que, en la Roma imperial más era el griego que el mismo latín para la gente de Cristo. El retorno del culto al carácter comunitario de la vieja Iglesia cristiana, pide que se celebre en los idiomas hoy herederos de la popularidad funcional de las viejas lenguas, cuyo uso mantiene los misterios a hierática distancia del sentido del pueblo. Tampoco está la fuerza del tradicionalismo inglés en pelucas, mazas y hopalandas que recuerdan estilos medievales. Más que signos exteriores, precisa buscar en él la resistencia de altivas instituciones que han sabido luchar contra la misma Corona en pos de fortaleza para los sistemas, cuando se desarticulan procesos históricos ha de buscarse en el orden civil, no la sucesión de los modos externos, sino el hilo de las esencias que hayan podido quedar opacadas por el uso continuado de estilos carentes de legitimidad. Aún más, la convalidación de las raíces de una tradición va hasta buscar más espacio y nuevo tiempo al grumo de ideas que potencialmente vivían en el ideario de los Padres antiguos. Una revaluación de Sucre no tendría que detenerse en una amañada justificación de las prácticas esclavistas, que, al igual de los grandes calificación de las prácticas esclavistas, que, al igual de los grandes repúblicas del Norte y del Sur ejercitara el Mariscal; ni una revaluación de Bolívar significaría proceso alguno para convalidar ideas por él tomadas del común ambiente y que el mismo pueblo ha superado en razón del progreso continuo del espíritu. El valor histórico y tradicional de los directores de pueblos ha de considerarse tanto en la especificidad momentánea como en la fuerza germinativa ofrecida por sus ideas y anhelos en el orden por venir. Eisenhower, pongamos por caso, podría hacer suyas las ideas de Lincoln, pero posiblemente Lincoln no se adaptaría hoy a la praxis política del risueño Presidente del Norte. En nuestra América mulata, ¿estaría Bolívar con los hombres que hoy defienden el entreguismo traidor o con quienes lo miramos

aún como patrón de la humana dignidad de nuestros pueblos sufridos? ¿A quién puede llamarse con más propiedad representante del pensamiento de Bolívar en el mundo político de América, a Paz Estenssoro o a Laureano Gómez? ¿Escogería Bolívar sus aliados para la nueva revolución por la libertad, entre los graves doctores y los bachilleros inflados de las sociedades bolivarianas o entre la gente de la calle, que ha expuesto vida, libertad y sosiego por la causa de la República...? Con meridiana certidumbre buscaría Bolívar a quienes han sido fieles a la tradición de autonomía y de decoro que sirvió de basamento a la institucionalidad primitiva y no a los que trocaron con la pecaminosa comodidad el riesgo que da signo de nobleza a los esfuerzos desinteresados de los patriotas.

Para atacar nuestra posición, hace invocado también el supuesto sentido excluyente que pareciera derivarse de los valores nacionalistas. Dicen al efecto, que el nacionalismo corresponde a una actitud de desdén hacia el resto de la comunidad humana y de ignorancia crasa del propio fin histórico del hombre como ser dotado de conciencia ecuménica. Nuestro nacionalismo no aspira a tanto. Encuadrado en líneas por demás modestas, nuestro concepto de nacionalización no representa agresión ninguna contra lo forastero, sino búsqueda de una actitud integradora del ayer y del hoy, como valores aglutinantes y defensivos de la realidad presente. Perseguimos la exaltación de lo nuestro, no en un afán delirante de superioridad, sino como recurso que fortalezca nuestra propia personalidad de pueblo. Por medio de una labor paciente de rebusca de viejos valores desechados por la moda, procuramos revivir la fuerza de factores de aparente subalternidad, que, en cambio, contienen vivencias capaces de despertar espíritus en trance de disipación nacional.

Los pretensos defensores del universalismo no se abajan a considerar que el nacionalismo es tránsito fecundo hacia la posibilidad de realizar lo universal. Para

que los pueblos puedan conjugar su fuerza y su conciencia, necesitan robustecer la una y definir la otra. La fuerza y la conciencia de los pueblos no medran y creen si no se las defiende de lo espurio y corruptor que pueda venirles de otros sitios. Para que adquieran vigor, es preciso hacerlas vivir de acuerdo con la propia gravedad que les señala su historia. La fisonomía, el rostro, el carácter de los pueblos necesitan la permanente deglución de los viejos valores forjados por el tiempo. No para gustarlos en actitud fetichista que lleve al espasmo inhibitorio, sino para acondicionarlos para el movimiento nuevo. Por eso he insistido en presentar la tradición en su justa y fecunda dimensión de entrega del legado que formaron las generaciones anteriores, el cual, a su vez, las nuevas generaciones están en el deber de reelaborar conforme al aire de los tiempos actuales.

Una historia cuyo erróneo cultivo llevase a ahogar el ímpetu nuevo de los pueblos, sería historia falsamente colocada en el orden de los valores populares. Contra esa supuesta historia de anquilosis y de moho, si precisa ir con todo empeño. Contra esa historia de apoteosis y coronas he quebrado más de una lanza. Pero tal no es el caso nuestro. Lejos de sufrir nosotros una sobresaturación de Historia, que impida su propia y racional, asimilación, carecemos de un exacto sentido histórico. Nos faltan vivencias colectivas capaces de acondicionar nuestra marcha de Nación. Se nos ha ofrecido por Historia una serie de cuentos heroicos y de fabulas divertidas. Se nos ha dicho también que son Historia, llamada a ocupar sitio ejemplar en el orden formativo de la sociedad, los traspiés que bastardos impulsos han provocado en el paso de las instituciones republicanas. Negados a ver la parte austera y ejemplar del pensamiento y de la nación de Bolívar, hemos consagrado un culto ambiguo a sus glorias de Libertador, hasta parar en el hacer de él una manera de piscina probática, donde lavan sus manos cargadas de pecados los propios traidores de la nacionalidad.

Defender la integridad de la casa, los muros de la ciudad, los linderos de la Patria, no constituye negación del valor ecuménico del hombre. Con tal defensa se intenta apenas determinar distritos precisos al derecho de los hombres, de las familias, de los pueblos, de las repúblicas. El problema de la universalidad entraña una paradoja. No se pueden sumar para la realidad unitiva de las naciones sino pueblos enteros. Sumar repúblicas, colonias y factorías es tanto como sumar gatos y ratones. Mientras más igualmente pujantes sean las voces de los socios, mayor equilibrio habrá en sus determinaciones. Mientras más enteros sean los pueblos que concurran a la anficiónía de las naciones, más seguro será el buen éxito de los acuerdos. Lo que quiebra la armonía, son las diferencias engendradas por una mala distribución de la justicia. Las naciones tienen, como las sociedades comunes, un orden de derecho. Jamás se ha mirado por correcta la actitud del vecino poderoso que se meta a juro en nuestro predio para lucrar con nuestras siembras. Por demás insolente y vejatorio se considera aquel viejo derecho de pernada de que se dijeron titulados los fieros señores feudales.

Entre los pueblos existe, aunque incumplido, un orden que indica a cada cual lo que es suyo. Eso es simplemente lo que se busca en la relación del pequeño con el grande. Si el más alto quiere tener bien cubiertos los pies, labre en el día la larga manta y no intente desnudar en la noche al vecino indefenso. Nacionalista se llama la actitud de quien defiende su manta y procura mantener en el orden internacional la digna posición que asegura su categoría de nación independiente a la Patria de que es hijo. Ese nacionalismo sin agresión ni chovinismo tiene comienzo en la casa, en el pueblo, en la región. Como eficaz para sus fines, reclama el mantenimiento de un orden de suficiencia que asegure la paz y la abundancia de la mesa, la fresca presencia de las rosas en la sencilla maceta, la amplitud y el seguro constante en las bardas hogareñas. Ese sano nacionalismo, emparejado con la dignidad cívica del pueblo,

quiere el racional provecho de la riqueza, el vigoroso mantenimiento de la tradición cultural, el adecuado abastecimiento de los graneros y las fuentes. Ese nacionalismo fecundo y salvador, pide un mejor laboreo de la tierra, para que el pueblo produzca lo que necesita y para que no dependan sus despensas de despensa ajena; pide que la industria salte sobre su estado actual de dependencia y logre la verdadera autarquía creadora; pide también, que se defienda al consumidor de las fauces insaciables del comercio internacional.

Vértebra de lo nacional es la comunidad de los valores tradicionales que conyugan y configuran el alma del pueblo. Sin ella, las naciones como la nuestra llegan a carecer de fuerza resistente. Para podernos bañar, como quiere Unamuno, en las aguas vivas de la humanidad eterna, necesitamos a asegurar nuestra propia ensenada en el océano de la Historia Universal. Para que fructifique el buen sarmiento de la universalidad debemos robustecer el tronco particular donde aquél ha de injertarse. Defender lo característico de cada pueblo no representa una actitud negada a recibir el aire creador de lo universal, sino una posición encaminada a asegurar los medios de retener las semillas fecundantes que la ventisca del eterno progreso conduzca hasta nuestra área nacional.

El nacionalismo no se opone a la pluralidad ecuménica, ni menos aún significa actitud pretenciosa de intervenir en el orden de la Historia con prescindencia de otros pueblos. El nacionalismo agrupa y define valores e intereses que, reteniendo la comunidad de diversas circunstancias, entran luego a jugar en el orden mayor de otros valores similares. El nacionalismo, lejos de crear actitudes disgregativas, acumula signos para el agrupamiento máximo. Para que Venezuela gane la integridad de su fisonomía histórica y tenga voz clara en la grande anficiónía de los pueblos, necesita reelaborar continuamente en su crisol nacional los valores de cultura creados por las sucesivas generaciones que integran su riqueza histórica y adecuarlos para

su perenne fecundidad al aire del progreso de los tiempos. En ese mismo crisol, con marca nacional, deben tomar forma nueva las ideas, los conceptos, los sistemas que produzca el curso incesante de la cultura universal. Hay una grande diferencia entre tener doctores o técnicos nacionales formados integralmente en universidades extranjeras, y contar con doctores y técnicos formados en universidades nacionales, que hayan mejorado estudios en otros centros culturales. Si en realidad el país está urgido de la buena técnica que ofrecen entidades forasteras, la aplicación de sus líneas a nuestro progreso interior necesita la experiencia de quienes están en el secreto de las posibilidades nacionales. Hasta las normas de la Puericultura han de adecuarse al ambiente del lugar. Para que Latinoamérica robustezca su posición de continente libre, donde habrá de desarrollarse plenamente el nuevo aspecto de la cultura mediterránea, tropicalizada e influida por la confluencia de pueblos en primitivo frescor, tiene por fuerza que conocer en su desnuda validez y defender en su plenitud de esencias creadoras, los distintos grupos de hechos históricos y culturales que dieron y dan continuidad a sus formas de existir, y tiene que proseguir el proceso autónomo de su cultura.

Muy diverso resulta nuestro nacionalismo latinoamericano del nacionalismo alemán de Hitler o del nacionalismo italiano de Mussolini. El nuestro es una mera actitud de protección frente a tendencias disgregativas provocadas, tanto por la falta de módulos internos como por el propósito foráneo de mantenernos incursos en esquemas político-económicos contrarios a nuestra propia realidad de pueblo. El nacionalismo de los dictadores que, creyendo hacer Historia Universal, llegaron, por sus errores, a dar aspecto de justicia a las banderas que los combatieron en la pasada guerra mundial, arrancaba de una presuntuosa superioridad, que a juicio suyo daba derecho a los respectivos Estados para aspirar a la dirección de la política universal. El nuestro, por lo contrario, configurar una modesta condición defensiva, cuyo fin es lograr la

plenitud funcional de la sociedad nacional, como unidad integrante de la propia Historia Universal.

En el orden de las letras, de la moral, de la política, de la geografía, de la historia y de la economía, nuestra misión es dar formas permanentes a los valores de la venezolanidad. En cierta ocasión dije que ser venezolano no es ser alegres vendedores de hierro y de petróleo. Ser venezolano implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Cuando hicimos nuestra aparición como pueblo libre, tomamos de paladium las ideas de libertad, de igualdad y de independencia, que sirvieron de numen a los Padres de la Patria. En 1810 y 1811 se definió la razón de ser de nuestro pueblo. A la personalidad antigua, se sumó la fresca actitud que nos diferenció desde un principio de la propia metrópoli. El mestizo de América no estaba dotado de inferiores partes, como lo pregonan trasnochadas teorías sociológicas con pretensa vigencia en el país. En sus "Problemas y secretos maravillosos de las Indias", agudamente escribía por 1590 el doctor Juan de Cárdenas, que los nacidos en nuestro continente era "a una mano de agudo trascendido y delicado ingenio". Lejos de sufrir, pues, por el trasplante, se mejoraba en Indias el plasma peninsular y ganaban puntos de excelencia sus cualidades características.

El tradicionalismo español –lengua, religión, costumbres- que sirve de sustrato uniforme a la hispanoamericanidad, se vio aun superado por valores que habían quedado postergados y menospreciados durante el régimen de Austrias y Borbones. Algunas maneras características del español, opacadas y deformadas durante el despotismo de los últimos reyes, lograron en América una manera de metástasis funcional, con que medraron bulto para definir rasgos salientes de nuestra vieja Historia. El sentimiento de rebeldía y de independencia, expresión del sentido de personalidad tan desarrollado en el hombre español, tienen raíces fuertes y vivas en la extraordinaria historia peninsular. Asturianos, castellanos y aragoneses probaron

de antiguo una excelente vocación rebelde, con entronque en las gestas que hicieron célebres a Sagunto y a Numancia. La misma tolerancia religiosa tuvo actitudes de resalto aun durante el orden de la antigua España que batallaba por la unificación cristiana de la península. Al catolicismo español repugnaba el sometimiento al moro, mas no desdeñaba de aliarse con él ni con él convivir, a condición de que el cristiano colocase la cruz sobre el globo simbólico de la autoridad. La unidad de España se concebía más como una unidad de poder bajo el cetro de reyes entroncados con los antiguos patriotas de la resistencia, que como abolición de la raza mora; subsisten en la península hasta la época de Felipe II y protegida, como ocurrió en Aragón, aun por monjes de rancia fe que aprovechaban sus brazos en el laboreo de las vastas tierras. Una política mejor dirigida habría hecho posible la permanencia en España de minorías religiosas, que eran prenda de prosperidad financiera para una corona, que luego vio cómo, por conducto de los banqueros judeoespañoles, los tesoros venidos de América pasaban a enriquecer a otros países.

En América, y de manera muy especial en Venezuela, las opuestas tendencias del tradicionalismo hispánico se conjugaron fácilmente. Al provocarse la independencia, el mundo hispánico de las Indias se sintió vigorosamente vinculado a la catolicidad romana. Una declaración del Congreso de Venezuela de 1811 sobre Patronato Eclesiástico, implica una táctica abrogación del realismo, en beneficio de los intereses de la iglesia. Al motivarse el ordenamiento patronal en 1824, reapareció en Bogotá la tesis regalista, pero ya como reacción natural frente al molesto titubeo de la Curia Romana, temerosa de desplazar el renacido absolutismo de Fernando VII. España, a pesar de la función de tamiz que el Consejo de Indias representó para la propia política religiosa de Roma, supo en América una conciencia de unidad, que veía en el Papado el signo de la legitimidad en la sucesión del orden apostólico de la Iglesia. La unidad y la reforma tridentista ganaron

fáciles las vías del nuevo mundo hispánico, mientras en la América del Norte iban a buscar equilibrio para sus odios teológicos las embravecidas sectas engendradas por Lutero y por Calvino. El principio unitario evitó posteriormente posibles escisiones en la jerarquía de las iglesias americanas, en parte abandonadas a su propia suerte, por causa del temor que la Curia Pontificia abrigaba, como he dicho, en relación con una posible reconquista de nuestros territorios por la Corona de España.

Junto con esta respetuosa sumisión a la centralidad representada por Roma, en nuestro mundo de América ganaron carta las ideas liberales que defendían la tolerancia religiosa. Quizá sea éste uno de los problemas más sutiles y de más delicada comprensión en el proceso histórico de nuestras ideas. El voto del doctor José Vargas en el caso de “La serpiente de Moisés” es a mi juicio uno de los más claros testimonios de cómo en los años iniciales de la República eran juzgados favorablemente los valores de la tolerancia por católicos de la calidad del albacea de Bolívar. Tan constustanciado se hallaba nuestro pensamiento filosófico y político con el sagrado derecho de disentir, que forma la base del orden republicano y la propia esencia de la libertad humana, que escritor tan puro, tan elevado, tan religioso como don Cecilio Acosta no se desdeñó de rendir parias a los principios de libertad, de igualdad, de tolerancia que configuran el genuino espíritu nacional.

Aun en el propio orden de la Colonia ya había comenzado a tomar forma esta actitud especialísima de pueblo y gobierno frente a la posibilidad de que gente de cogulla pudiese interferir la cosa pública. Lo relieván así hechos como la disputa del Obispo Bohórquez con el Gobernador de Caracas a principios del siglo XVII y la actitud del Cabildo frente al Obispo Escalona y Calatayud en el siglo XVIII. Esa peculiaridad, aún no explicada, de nuestra manera de obrar en materias hondamente relacionadas con lo

religioso, permite decir que en el venezolano se pronunció desde muy atrás un sentimiento sutil, indefinible en su propia esencia, que lo lleva a desmadejar fácilmente la problemática religiosa, para separar en su oportunidad lo que es adventicio de lo que es fundamental como doctrina. De la misma España recibió esa facultad de desarticular circunstancias para lograr el justo medio. Ya no le pareció incorrecto que las diócesis fuesen ganadas por mera gracia de quienes nada saben de cosas de la Iglesia, cuando la tradición española decía que el celeberrimo don Gil de Albornoz llegó a la sede de Toledo por favor de la concubina de Alfonso XI. Fáciles desviaciones de dicho criterio analítico han podido en algunas ocasiones provocar hechos funestos; pero, sin embargo, perdura tan agradablemente la conjunción de autonomía personal y de devoción ortodoxa, hasta habernos permitido recientemente reconocer por la propia prensa diaria reconditeces de la alta política eclesiástica, sin que se hubiesen roto vidrios ningunos, ni hubiera alma alguna sufrido descarrío.

En Venezuela, así parezca mentira, lo postizo es la opresión y no el sentimiento de libertad. Postizo, sí, aunque lo que se ponga al bulto sean los frutos del despotismo. En la ecuación de fuerza y de razón que constituye el eterno problema del Estado, bien es cierto que la primera ha tenido coeficiente de mayor apariencia. No obstante ello, a todo lo largo de nuestra Historia se ha mantenido una voz permanente que pide la inversión del cuadro político. La verdad no está en las plumas que escriben en la “Gaceta Oficial”. Esta debe verse apenas como la máscara, como la persona teatral en el orden de la República. A través de todos los tiempos ha habido una voz constante que clama por los derechos de la razón. Precisa no olvidar que el esplendor de la fuerza no siempre coincide con la realidad, así filósofos “realistas” hagan su apología y enseñen que en el orden del mundo sólo vale lo que tiene posibilidad práctica de realizarse de inmediato. Más entera estaba Venezuela en el invisible delirio de Miranda preso, que en

la visible autoridad despótica de Monteverde. Ese recado constantemente transmitido por las generaciones leales al discurso de la razón, es la tradición salvadora que no quieren ver ni escuchar los pseudo-teorizantes sensualistas, que apenas juzgan a los pueblos por los hechos que logran el transitorio ribete del éxito ofuscante. Hay una filosofía, en cambio, que persigue las voces no subidas hasta los planos de la victoria, pero que, en cambio, representan una vigorosa condensación de voluntad popular.

Hasta hoy los hechos visibles de nuestra historia republicana corresponden en su mayoría al triunfo funesto de la fuerza puesta al servicio de intereses irracionales. Juzgar que su lamentable insistencia en el área de la realidad de la categoría ejemplar, para aceptar axiomáticamente la primicia de los hechos disvaliosos con que se ha intentado apagar la soterrada y legítima voz de la sociedad venezolana, sería tanto como negar la parte mejor y más sufrida de nuestro pasado. Tanto como admitir que quienes permanecen fieles a las ideas de Vargas, de Toro, de Acosta, de López Méndez deben dejar de ser lo que hoy son, para pedir lecciones a los tránsfugas que venden el país al interés extraño y conforman su conciencia al éxito de quienes pisotean la dignidad del hombre venezolano.

Justamente, Venezuela existe aún como República porque posee una potencia invencible que le ha permitido soportar las graves crisis suscitadas por el predominio irracional de la fuerza. A la par de quienes la han traicionado, han vivido permanentemente hombres sufridos que tomaron sobre sí la responsabilidad de transmitir el mensaje de quienes confiaron en el triunfo final de los ideales desamparados por los otros. Junto a los que imaginan que nuestro país es un mero campo de explotación y de aventura, siempre han mantenido el vigor de su fe otros hombres empeñados en convalidar las viejas consignas de libertad y de decoro que dieron contorno a nuestra gloriosa aventura republicana. Para ello nuestros Padres firmaron un acta que

constituye la raíz de nuestros compromisos con la Historia. En ella quedó definida la razón de las nuevas formas asumidas por la sociedad venezolana. Independencia y Libertad fueron las palabras grabadas en las nuevas tablas de la ley, Independencia y Libertad son y serán nuestro destino.

En distintas ocasiones he intentado el examen de las desviaciones ocurridas en el proceso de la República y he buscado poner en resalto el hecho erradizo de que muchos hayan llegado a ver como expresión de una tipicidad social el éxito logrado por formas subalternas del quehacer político. Sin rapacidad de mirada, cualquiera comprende por donde han corrido las aguas de la buena tradición, de la genuina tradición donde está la esencia de la venezolanidad que supo ganar la independencia de un continente. Insisto en decir que el éxito no es la sola ley que acusa la existencia de los valores del pueblo. En el diálogo permanente entre Vargas y Carujo ya sabemos quiénes son los que siguen las palabras del prócer y quienes las palabras del enemigo de la virtud. También el mensaje que Jehová confió al pueblo de Israel adquirió legítima y tremenda expresión en la voz perseguida de los Profetas, cuando los reyes y el pueblo se apartaron de su obligado cumplimiento y sacrificaron en los altares sacrílegos de Baal. Si se busca la huella del genuino pensamiento nacional, cualquiera da con dos espíritus severos que recogieron la tradición mancillada por los dirigentes visibles de la sociedad, rendidos ante los dioses extranjeros.

En la tradición, ese sentimiento de lo que fue el venezolano como valor de Historia, es lo que precisa levantar para la nueva pedagogía cívica. Más fácil en realidad, ha resultado la presentación de hechos groseros que al bulto parecieran ser testimonios de la vocación de nuestro pueblo, y los cuales, para su peligrosa reelaboración en el orden de la Sociología y de la Historia, han sido vaciados arbitrariamente en los caprichosos “moldes de fabricar pueblos”, adoptados, desde un

viciado punto realista, por quienes ayer se empeñaron y por quienes hoy se empeñan en destruir al andamiaje ético-filosófico donde fraguaron los muros de la vieja República democrática. De la ecuación que constituye la esencia del Estado, se ha intentado debilitar el término donde se juntan los valores que dan primacía a la razón, para hacer aparecer como de dimensión más vigorosa los hechos de la fuerza. De ahí que muchos sostengan como principio apriorístico que Venezuela ha de estar siempre gobernada por sargentos.

Cuando se defiende la tradición nacional no se invoca el hecho subalterno que ha desfigurado nuestra propia razón histórica de ser. Tradición es entregada de los valores positivos que ha conservado y que ha elaborado cada generación. Jamás se conformarían ningunos presuntos herederos que aspirasen a vivir decentemente, con mantener como lugar de superior aprecio el pozo séptico que sus antepasados anósmicos hubieran convertido en lujosa sala de recibo. En sana lógica buscarían por mejor la abandona alcoba en que las abuelas discretas se mantuvieron fieles a la rueca de donde derivaron el mantenimiento de la casa descuidada por los locos sin olfato.

Entre nosotros, por el bulto propio del hecho de fuerza, se ha pretendido tomar éste como testimonio de la única posibilidad venezolana. Tenemos, en cambio, tradiciones que sí representan la parte valiosa de la sociedad. Junto con el gesto insolente del verdugo, ha permanecido el gesto altivo y sufrido de la víctima. Al recibir nuestra herencia social en el orden del poder, es decir, al tener participación real en la conducción de la política nacional, pareciera más digno acomodarnos, como se acomodó Isaías Medina Angarita, al sentido de la altivez que calló y de la dignidad que sufrió el desgarró de los bárbaros, y no a la vulgar insolencia de los que lucraron con el sufrimiento de los ciudadanos rendidos.

Sobre esos valores desamparados y constantes debemos levantar con paciencia

el edificio de nuestra efectiva tradición cívica. Ellos nos ayudaran a definir las líneas defensivas de nuestro pueblo a fijar las bases seguras de la nacionalidad. Negar la eficacia de dichos valores morales y filosóficos ha sido, en cambio, la labor permanente de quienes quieren mantener el carácter irresponsable del poder, para que a su sombra sean hacederos los negocios y la misma entrega del propio país.

Nuestro racionalismo ha de comenzar, pues, por el saneamiento de las raíces históricas del poder. Para mantener la parte material y mecánica de la República, precisa refrescar los mismos conceptos formativos de la nacionalidad. Nuestra vieja tradición hispánica –rebeldía, individualidad, cultura católica – romana, castellanidad literaria – produjo durante el barroquismo colonial, como fruto del trasplante y de la confluencia con otros signos, nuevos valores, como el de la igualdad, que al rejuntarse con los conceptos de libertad, de independencia y de tolerancia, formaron el común denominador de nuestra razón de pueblo. La Regencia y el fernadismo vieron en nuestro proceso de independencia una actitud antiespañola, sin llegar a intuir que nuestra guerra separatista era expresión viva de las más puras, nobles, altivas voces de la España eterna. Contra la política de Corte y de expoliación se levantaron, en realidad, las nacientes nacionalidades de la América española. Se alzaron allá, por las mismas razones que debieron de haberse levantado acá, para echar fuera a los Borbones. Se rebelaron, en verdad, las provincias americanas y con su rebelión defendieron los nuevos moldes para la continuidad de la España ultramarina. Sin la obra de los patricios que planearon nuestra independencia y dieron líneas de república al gramo hispánico de América, ya la tradición española estaría plenamente absorbida en el Nuevo Mundo por los signos de la América ingresa. En España ha habido quien así lo entienda. Unamuno al ahondar a Bolívar, comprendió, lo que Castelar y Pi Margall no entendieron por completo en el siglo pasado. Hoy, en cambio, hay jóvenes espíritus en la

Península que sí saben estimar en su justa dimensión la obra de nuestros Libertadores y que se niegan a creer que sea “Boves el español más patriota de todos los nacidos, a este y al otro lado del Pajares”.

Rebelde, generoso, tolarente, igualitario, siempre ha sido, a pesar de los contrarios avatares, el hombre de Venezuela. Con una honrada dirección y sobre tales atributos, radicaría desde antiguo una gran nación. Pero los encargados de dirigir la conciencia social pactaron en su mayoría con los intereses anti-populares de la oligarquía y regaron sobre la fresca conciencia de la sociedad una fina y venenosa ceniza de pesimismo. A las nuevas generaciones toca reavivar el entumecido tegumento social. Para ello, basta invocar de buena fe las fuerzas poderosas que duermen bajo la capa de ceniza falazmente vertida por los traidores. Nada extraño necesitamos para llevar a cabo la obra revitalizadora de nuestra conciencia de pueblo. Con volvernos sobre nosotros mismos y buscar en la trama de nuestra propia historia los valores que ayer dieron fuerza creadora a la República, tenemos para topár con voces poderosas, capaces de despertar las energías silentes.

Suelen algunos meterse en los dédalos del pasado en busca de los signos de nuestra vieja gloria, y después de alegre paseo por la pradera de la Historia, regresan con un soldado de la mano. Estos han invertido el valor del pasado y miran en el brazo heróico que ganó la batalla a los enemigos de la Independencia, el símbolo supremo y la razón de ser de nuestro pueblo. Olvidan estos castromaníacos que si el soldado batalló fue para que ganase ámbito una idea de civilidad meditada y planeada por los ideólogos, y no para erigirse en casta beneficiada. Olvidan, también, que si ese soldado pudo llegar a la meta del triunfo, en éste tomó parte muy activa el agricultor que labró la tierra y extrajo de ella las cosechas que hicieron la riqueza pública, y el paciente obrero que fabricó cañones y vistió con sus tejidos la tropa de valientes. Llevados de una lógica unilateral y un tanto

hedonista, se han dedicado estos exhumadores de ídolos a la nueva exaltación del soldado, cuando la Nación pide que se haga programa de las magníficas palabras con que Joaquín Costa decía al pueblo español: “El honor y la seguridad de la nación no se hallan hoy en manos de los soldados: están en manos de los que aran la tierra, de los que caban la viña, de lo que plantan el naranjo, de los que pastorean la cabaña, de los que arrancan el mineral, de los que forjan el hierro, de los que equipan la nave, de los que tejen el algodón, de los que conducen el tren, de los que represan la lluvia, de los que construyen los puentes, de los que estampan los libros, de los que acaudalan la ciencia, de los que hacen los hombres y los ciudadanos educando a la niñez”.

Yo he insistido hasta el fastidio sobre la necesidad de buscar en nuestra tradición y en nuestra historia los signos aglutinantes y las cualidades de provecho que den uniformidad y ofrezcan fuerza para la obra de realizar nuestra misión de pueblo. No he defendido lo tradicional al amor de una pasión romántica por cosas pasadas. He buscado la difusión del flujo y el reflujo que provoca en la vida actual la constancia de los valores determinantes de cada pueblo. Sin la guarda de los valores abstractos que definen nuestro genio nacional, la acción difusa de los nuevos elementos puede llegar hasta suscitar la disolución del genio y del carácter que configuran a las sociedades. Para defender nuestra geografía nacional, no en el mero concepto político de horizontalidad estática, sino en el pleno sentido potencial de su fuerza mineral y vegetal y de las posibilidades funcionales de lo humano que en ella se enmarca, es requerido defender los valores de Historia que definen la propia posición parcelaria de la tierra en el orden de la cultura universal.

Allá, acá, en todas partes, surgen voces interesadas en presentar el movimiento nacionalista como una actitud negada al curso creador de los valores universalistas. En distintas ocasiones he insistido, también, en decir que negar legitimidad a la acción de

los pueblos que buscan el robustecimiento de sus valores nacionales, es tanto como negar el derecho que los hombres tenemos para robustecer individualmente nuestra propia personalidad. Distinto es el caso de los nacionalismos, que en nombre de mitos biológicos, económicos o culturales pretenden dirigir el curso de la Historia Universal. Frente a la desviada posición asumida por los imperios que quieren incluirnos en el esquema de sus intereses privativos, es la legítima necesidad levantar los signos morales que coadyuvan a la defensa de nuestra integridad de pequeñas naciones.

Nos basta decir que debemos defender nuestra economía de la continua amenaza que para ella representan los intereses imperialistas de la gran nación del Norte. Se requiere levantar conjuntamente el significado moral de los valores que se suman para hacer de nosotros una comunidad nacional con derechos históricos que nos alejan de la posición colonialista a que se intenta reducir, junto con la explotación económica, el propio orden político-cultural del país.

Ya tengo la profunda satisfacción de comprobar cómo esta manera de ver lo venezolano es compartida por la inmensa mayoría nacional que se opone al entreguismo practicado por el pequeño círculo que, apoyado en la ceguera y en la irreflexión de un Ejército engañado, dispone de la voluntad de la República, en razón de contar con el dominio del capital fiscal y del capital financiero de la Nación. Ello no empece para que sientan, también, el reclamo nacionalista muchos compatriotas que por miedo, por ofuscación, por urgencia de lucro inaplazable, prestan apoyo indirecto a las fuerzas explotadoras. Cuando se enfocan los problemas desde el ángulo de estas confusiones, nuestro país resulta un verdadero galimatías, que obliga a la más minuciosa reflexión. Juzgado el caso con una sola lógica, nuestro discurso nos conduce con frecuencia a callejones sin salida. Por ello, sea cual fuere el campo por donde nos hemos de ir acompañados de instrumentos de

juicio que faciliten volver oídos para recoger razonamientos que fueran despreciados en un anterior proceso investigador. La simplicidad de los esquemas interpretativos fácilmente conduce a errar, cuando se pone de lado el sentido dialéctico de los hechos humanos y cuando se olvida, en nuestro caso venezolano, la dificultad que ha constituido para el desenvolvimiento de la personalidad la trama y la poca diferenciación de los cuadros económicos.

Al explorar el alma venezolana, halla fácilmente el observador como signo determinante de las llamadas clases altas, un espíritu propenso a la flacidez, a la elasticidad, curioso de novedades frívolas, susceptible a las influencias y a los acomodos alegres, presa fácil de la vanidad y del ensimismamiento. Les falta, en verdad, vocación para la actitud mediativa y austera que lleva al expurgo de los propios errores y, consiguientemente, a su condigna enmienda. La reflexión y el aguante afloran en distintas partes. Vienen de otras clases los hombres y las mujeres que dan pecho a la lucha y ponen fuego en el horno de la resistencia. De aquéllas, como pensaron los dirigentes de la República conservadora, era justo esperar que adoptasen la actitud vigilante y directiva que les correspondía en el orden de la civilidad. A mejor formarlas y a mejor educarlas se encaminó el sistema que veía en ellas el estamento que, por la educación ganada en gracia a la sedimentación de generaciones que disfrutaron de los mejores instrumentos de cultura, correspondía en primer término la misión de guiar el proceso social. No podía esperarse otra actitud entonces, por donde no resulta, tampoco, lógico inculpar en un plano histórico a quienes primero se preocuparon por el mejoramiento de las supuestas élites directoras, que por distribuir una hambrienta ración de letras entre el pueblo antiguo.

El cuadro es hoy muy otro. Mientras las clases altas buscaron para su solo provecho el goce, directo o indirecto, de los instrumentos del gobierno y de las finanzas, las clases no privilegiadas ganaron la batalla de

la conciencia nacional. Así no se le deje expresar su legítimo querer, el pueblo soporta reflexivamente y aguarda sin mayor impaciencia su hora cenital. A los oídos aguzados de ese pueblo vestido de silencio, suenan los valores de la nacionalidad con claridad extraordinaria. Los otros, en cambio, los que forman la minoría del provecho y de la indiferencia, tienen sordo el espíritu, la virtud de la capa viscosa con que lo ha empañado la grasa del hartazgo.

Tal es la fuerza que los principio nacionalistas han cobrado en esta hora crucial de nuestro proceso histórico, que los mismos que entregan el país, se sienten obligados a construir sofismas que les permitan exhibirse ante el pueblo como inspirados en programas de finalidad patriota. No pasa día sin que se invoque la austera memoria de Bolívar para esta vergonzosa comedia de ribetear de pseudo-patriotismo la vestimenta con que se pretende cubrir la entrega dolorosa del país a intereses contrarios a la venezolanidad.²

La función principal del movimiento nacionalista no consiste, pues, en presentarse ante el pueblo como mero programa electoral que satisfaga sentidas aspiraciones con raíz en el tuétano de lo venezolano, sino mantener como atmósfera, para la revitalización del organismo nacional, un grupo claro y preciso de ideas que lo ayuden en la elaboración de sus conceptos sobre economía, sobre política y sobre moral. Más que armazón para ganar prosélitos, los partidos han de ser instrumentos que canalicen aspectos prácticos para el desarrollo de los pueblos. De ahí que en Venezuela no pueda planearse hoy ningún organismo que aspire a tocar la sensibilidad

² En estos días que corren se realiza en Venezuela una tal "Semana de la Patria", durante la cual se producen grotescos desfiles y forzadas manifestaciones, de neto tipo fascista, con los cuales se quiere dar sentido de adhesión patriótica y multitudinaria al propio régimen que, para mantenerse en el poder, no tiene escrúpulos en enfeudar a favor de intereses extranjeros el propio suelo venezolano. ¡Valiente semana de la Patria, cuando todo el año es de bastardía anti-patriótica y de sacrificio continuo de la libertad y de la dignidad del hombre venezolano!...

de las masas, sin que en su plataforma figuren las grandes ideas que expresa ese anhelo de ser en sí mismo que alienta nuestro pueblo.

Repito que ningún movimiento nacionalista integral puede limitarse a vocear consignas encaminadas a la mera recuperación de los intereses que detenta o interfiere el capital extranjero: hierro, petróleo, electricidad, transportes, tabaco, teléfonos, alto comercio. Junto con los problemas fundamentales que representan la normalización de las actividades extractivas y distributivas de los renglones anotados, y junto con la rehabilitación de los valores agrícolas que puedan asegurar mañana un autobastecimiento nacional, es necesario desarrollar una intensa campaña de afinamiento de nuestros valores privativos de Nación.

Yo he hecho radicar la parte principal de nuestra crisis de pueblo en el hecho innegable de carecer el país de vivencias defensivas que resguarden uniformemente su peculiar fisonomía. No se trata, repito, de crear, según pretenden unos, líneas cruzadas que nos aislen de la comunidad universal de los pueblos. Se trata, como he declarado repetidas veces, de evitar la delicuescencia del espíritu llamado a configurar la propia personalidad de la Nación. Si existen las unidades nacionales como expresión de la vida social de los pueblos, ellas han de tener como base irrenunciable la mayor intensidad y la mayor suficiencia en sus fines vitales. Independencia moral y capacidad productora son circunstancias inseparables en la vida autónoma de una colectividad. En los diversos modos que se concentran en el valor independencia, se mueve la infinita gama de atributos que dan fisonomía a los pueblos. No se trata simplemente de hechos materiales, como el aprovechamiento de la riqueza, o de hechos con sustancia artística, como las manifestaciones folklóricas, sino de valores más sutiles e inaprehensibles, como el modo de cantar, de orar o de soñar cada pueblo. Junto con la autonomía de la riqueza, necesitamos, también la autonomía de nuestro propio modo de ser. Y como los

pueblos tienen conciencia de sí mismos en cuanto posean la propiedad de reconocerse en sus atributos esenciales y en la modificaciones que en sí mismo reciban, resulta una verdad como un templo que la primera misión de toda pedagogía cívica es definir los modos que constituyen la esencialidad colectiva de la Nación, en orden a que fácilmente sean captadas las posibles alteraciones que en ellos pudieren ocurrir.

La doble naturaleza de aquellos factores conduce, pues, a la necesidad de mirar a ambos campos con igual interés. El patrimonio moral de los pueblos es tan valioso como el patrimonio material donde desarrolla su vida de relación la comunidad. Y es poco decir que son por igual valiosos, cuando se da el caso de colectividades que han podido vivir sin territorio propio, mantenidas en todo vigor por la comunidad de una extraordinaria conciencia de sí mismas. Por ello, la cultura del espíritu primordial frente a la cultura general del suelo. Este mismo es definido muchas veces, para el orden nacional, por la mera huella en él dejada por acción pasajera del hombre. ¿Cómo, pues, sin función de Historia puede adquirir un territorio valor trascendente para la nacionalidad?...

Historia y Geografía caminan juntas en este proceso de realizarse las naciones como cuerpo y como espíritu. La geografía sin el hombre sólo puede ser imaginada en una edad preadánica. El hombre sin arraigo geográfico es apenas el salvaje de la horda recolectora de alimentos. La cultura es un proceso callado de humanización de la geografía. De allí la Geografía Funcional como disciplina destinada al estudio de la tierra en relación con el servicio del hombre. Los pueblos modernos tienen tanta mayor conciencia de sí mismos cuanto más sea el dominio que ejerzan sobre el marco geográfico donde se mueven. Ese dominio no es la mera defensa militar de montes y litorales, sino el mayor provecho que cada nación recibe de las posibilidades de su suelo y de sus aguas. En nuestro caso, Venezuela sufre una distorsión de su

geografía. No se trata ya de la ventaja que su celo y los buenos alegatos de sus agentes dieron a Colombia, ni de la usurpación que en la frontera sudoriental realizó la rapacidad geográfica de Gran Bretaña. Se trata del proceso antinacional de nuestra riqueza. Hasta en el mero orden de la didáctica, son hoy las compañías mineras extranjeras quienes mejor pueden enseñarnos acerca de la realidad de nuestro territorio. Un país donde se ha intentado editar, al coste de un millón de bolívares, un álbum descriptivo de los lucidos uniformes de su Ejército, carece, en cambio, de un Instituto Geográfico donde debieran estar recogidos todos los datos pertinentes a la realidad de nuestro suelo. Sin embargo, se alegan, para robustecer el mito castrense, fantásticas reivindicaciones territoriales.

Nos llamamos en frase altisonante nación independiente; pero en cambio, dentro del marco que define la realidad de la República, se mueve un orden económico que ha llegado a escapar a la propia supremacía de las autoridades nacionales. De poderoso sustentáculo a ese orden espurio ha servido el régimen de explotación de nuestra riqueza minera. Tan poderoso es en sí mismo, que los propios órganos del poder público se rinden con frecuencia a sus caprichos e intereses. Apenas de vez en cuando un juez honesto, a quien motejan luego de ignorancia o demagogia, se atreve a poner sobre las conveniencias de las compañías extranjeras los intereses permanentes de la nación venezolana. Un alto, sin embargo, precisa hacer en homenaje a la reforma petrolera que inició el gobierno de Isaías Medina Angarita, cuyos instrumentos legales fueron aprovechados posteriormente con éxito por el gobierno de Acción Democrática para aumentar la rata de los beneficios del Estado.

Nuestra campaña nacionalista no se encamina solamente a la defensa de lo nuestro como patrimonio diferencial, sino a la pacífica recuperación de los valores que una política desacertada entregó a la explotación forastera. La agresividad antiecuménica que invocan

los entreguistas contra nuestra posición de venezolanos preocupados por la permanencia de la Patria, dista mil leguas de la realidad sufrida y decorosa que representa luchar contra las fuerzas funestas que hoy tuercen el destino de la República.

A nosotros, Estados Unidos no nos ha mutilado el área geográfica. De lo contrario, en nuestras diferencias con naciones europeas hizo una aparente aplicación de la terrible Doctrina Monroe. En nuestro caso, si bien la poderosa nación del Norte se mantiene en presuntuoso respeto de las fórmulas internacionales, hay posiblemente tanta gravedad como en el caso de Panamá. Nuestra invasión, en el orden de la tierra y en el orden del espíritu, ha sido pacífica y subterránea. Los inversionistas del imperialismo se han adueñado de nuestros ricos yacimientos petroleros y de nuestros fastuosos montes de hierro. Al mismo tiempo, el industrialismo americano, con finas sutilezas, se ha venido apoderando de los recortes concienciales de alguna parte del pueblo. Somos, de acuerdo con el discurso de la gente alegre, una república en apariencia completa. Pero, en la realidad, nos asemejamos a esas grandes casas de lucientes portales y hermosas ventanas, pero cuyo maderamen interno ha sido tomado por el comején devorador.

Contra esa vacía realidad de comején, que ningún venezolano responsable se atreve a negar, he levantado la voz, y uniendo mi pluma a la pluma de otros escritores conscientes del deber del momento, emprendí en mi país una tesonera campaña encaminada a hacer ver cómo la ruina amenaza a nuestro país y a toda nuestra América Latina. He puesto de presente la necesidad de conjugar todos nuestros recursos morales y de dejar a un lado las diferencias que distancia a hombres y a pueblos. En razón de ello escribí que quienes actualmente se empeñan en mantener la lucha de prestigios entre Bolívar y San Martín, más pareciera que estuviesen al servicio de los planes divisionistas de Washington que al servicio de la gloria irrecusable de los grandes

constructores de la libertad de nuestro mundo hispanoamericano.

Bolívar y San Martín deben mantenerse en su severa amistad de padres de la independencia de nuestros pueblos. A la emulación antojadiza, que en la propia Argentina se toma como elemento enfervorizador de un nacionalismo anarquizante, debemos oponer el sentido integralista que llevó al ilustre diplomático y noble amigo de Venezuela, Antonio Parra Velasco, a promover el hermoso decreto que declaro en su país “Día de la Fraternidad Hispanoamericana”, aquel en que se abrazaron en Guayaquil el Héroe de Chacabuco y el Padre de Colombia. No sólo en Ecuador, sino en toda nuestra América morena, debiera celebrarse esa fecha como memoria del encuentro de los caudillos que representaban la voluntad autonomista de nuestro continente hispanoamericano. Voluntad de autonomía que desgraciadamente hoy se intenta sustituir por una servil sumisión al nuevo imperialismo norteamericano.

En días pasados escribía a un compatriota residente en Europa desde largos años, y quien se me presentó como ignoradizo de lo que ocurre hoy en nuestra Patria desafortunada. Díjele, entre otras cosas, que Esquilo no llegó a imaginar que Atenas pudiese exaltar a Efiltes y execrar a Leónidas. En Venezuela, para dolor y sonrojo nuestro, el efilatismo es partido que cuenta con adhesión aun de gentes que se creen venezolanos rancios, por poseer una sensibilidad patológica por las ejecutorias de hidalguía colonial. Abrir camino al enemigo que viene a alzarse con la dignidad y con la riqueza de la Patria, es título de benemerencia entre los nuevos privilegios del orden y de la riqueza. Una lógica de despeñadero ha llevado a mirar como representantes del patriciado moral del país a hombres empeñados en rendir el decoro de la república.

No ya dolor, sino sonrojo moral me dio conocer los términos en que un alto personero de la Creole Petroleum Corporation

se expresaba últimamente en París acerca del curso y móviles actuales de la política venezolana. Al escuchar el desagradable relato, imaginé, y perdóneseme el abuso de símiles históricos, que en 1595 Amyas Preston hubiera rendido a Caracas y a Venezuela para beneficio inglés, y que la descendencia de Alonso Andrea de Ledesma hubiese quedado bajo la servidumbre de las fuerzas vencedoras de los piratas. Imaginé, además, que a quienes hubieran resistido la cuyuntura inglesa, tal vez se les hubiese echado fuera de la antigua provincia hispánica, ora trocada en colonia de Inglaterra. Mi imaginación tuvo, sin embargo, un egoísta claror de optimismo, y llegué a creer que entre los desterrados habrían salido mis abuelos Briceños, anticipándose a la hora en que descendientes suyos se viesan privados de la dicha de gozar el abrigo de la Patria por el imperdonable delito de no pactar con quienes hoy la entregan a los nuevos corsarios del imperialismo internacional.

Según fui informado, hablaba el magnate aceitero en la mentada conversación parisina con dominio del tema nacional y de las razones de la nueva política, como si fuese titular de la venezolanidad, en la misma dimensión y con la misma pujanza con que pudiéramos hacerlo quienes sentimos los cuatrocientos años de Historia venezolana como patrimonio forjado con el dolor y con la angustia de nuestros antepasados. Por eso mismo hoy, desgraciadamente, quienes atestiguamos con nuestros pulsos ardorosos la perennidad de nuestra tradición de pueblo, estamos expuestos a todo género de adversidades públicas y a toda manera de calumnias ideológicas. Todo ha de resultar turbio en la conciencia de jerigonza que ha sustituido la clara altiva, severa conciencia que dio forma a la vieja República.

Al buscarse a sí misma. Venezuela habrá de encontrarse indefectiblemente con los otros países de América que sufren su mismo destino. Al pulir los signos de su defensivo nacionalismo, hallará que semejantes, por sí no iguales, son los signos que han levantado

en alto otros países de nuestra adolorida América, en los cuales se ha hecho sentir el mismo drama de la explotación de la riqueza y el mismo empeño por mantenerlos encerrados dentro del esquema egoísta de la política de Washington. Bolivia, Chile, Argentina, Guatemala, México y aun la débil voz de la calumniada Panamá, han enunciado sus consignas de recuperación nacional. Han dicho estos países a los hombres del Departamento de Estado que si en verdad ellos miran al gran país del Norte como avisada vanguardia de la civilización y como hogar de uno de los pueblos de mejores condiciones humanas del mundo, quieren, como es natural, que su relación con el otro mundo de América sea trasunto de los principios de libertad y de justicia de que aquéllos se dicen representantes.

Nuestros países latinoamericanos están no sólo en posesión del derecho, sino en la grave obligación de impulsar las fuerzas defensivas que los ponga a cubierto de ser absorbidos totalmente por la política mercantilista del Norte. Por ello, nada es tan legítimo como el crecimiento de ese sano, robusto, generoso movimiento nacionalista que en nuestra América prieta toma carácter cada vez, más definido. Como lo canta el gran poeta Cabral.

Hoy, aquellos que fueron siempre mudos,
los que siempre llevaron en la sombra
la dignidad del loto que crece sobre el
/cieno,
se acercan a la tierra,
y echan voces por granos, como quien va
/regando la conciencia.

Conciencia regada a todo lo ancho del mundo indolatino, es justamente lo que se siente bullir en nuestros pueblos. Conciencia que se busca a sí misma, por lo mismos viejos caminos que la hicieron realizarse en república.

Duele, sí, y mucho, tener que convenir en que ese noble movimiento concienical, tan pujante en nuestros pueblos, ha de tropezar fatalmente con el obstáculo que

constituyen para su desarrollo los regímenes antidemocráticos que pesan sobre la mayoría de las naciones del hemisferio occidental, y sobre los cuales funda su régimen de provechos el capitalismo imperialista que inspira la errónea política de Estados Unidos frente a la América ibera.

No puede, por ello, concebirse ningún movimiento político en América, con pretensiones a encauzar la genuina opinión del pueblo, que deje de tomar por tema central la defensa y el robustecimiento de los principios nacionalistas frente a las pretensiones desmedidas del imperialismo. Esta es hoy la voz de América. Esta es, con diverso metal, la misma voz que inflamó a fines del siglo XVIII la angustiada conciencia de Miranda, y que después fue numen del espíritu de Bolívar, de San Martín, de O'Higgins, de Artigas, de Hidalgo, de Morazán, de José Martí.

Si en el Departamento de Estado hubiese políticos con ojos rapaces para medir el futuro de las relaciones internacionales, por propia conveniencia ya estaría dando un giro a la táctica de sus diplomáticos cerca de los demás gobiernos americanos. Llegaría tal vez a reconocer que sus peores amigos en Latinoamérica son los políticos conformistas y vendepatrias, que les abren deshonestas posibilidades de lucrar a sus anchas con nuestra riqueza y con nuestro apoyo, pero que al mismo tiempo les ayudan a labrar los caminos del repudio. Cuando un Embajador de la Casa Blanca en nuestras pequeñas naciones logra que se tuerzan los caminos del pueblo en beneficio de una dictadura que apoye irrestrictamente los intereses mercantiles o industriales norteamericanos, logra escribir, también, una página sombría en el libro mayor de la nación burlada. No cancelará él personalmente la deuda, ni la cancelarán de inmediato los hombres que reciben el vecino provecho, pero la cancelará con interés compuesto la nación de que se dice personero. Como lo dijo respecto a Europa al antiguo Alto Comisario en Alemania, John J. McCloy; los diplomáticos norteamericanos

deben mirar un poco hacia el pueblo común donde están acreditados y acomodar a los intereses permanentes de éstos las líneas de política que aconsejen a su gobierno.

Tarde lo hará pero lo hará. Sin esta rectificación en su política exterior, Estados Unidos camina a su espectacular fracaso en una América cansada de falacias. Nuestros pueblos terminarán por rebelarse definitivamente del yugo colonialista que el Norte quiere lucrar a través de su apoyo a regímenes de minoridad política. Cuando la masa sufrida de América comprenda uniformemente la realidad de su destino de opresión política, cuando el pueblo que hoy se divide bajo los signos pugnantes de liberalismo, conservatismo, socialismo, socialcristianismo, populismo, etc., advierta a una que su destino de opresión política, no es sino un derivativo del régimen de soborno que sobre sus hombres ejerce por igual Estados Unidos, irán asida y directamente contra éstos, como en las cuentas rebeliones coloniales. Cuando nuestros pueblos americanos sientan de un modo continuo que los fieros verdugos, en una y otra parte, sacrifican a los nacionales para mayor beneficio de los Braden, de los Proudfit, de los Donnelly, irán directa y fatalmente, también, contra los extranjeros hoy escudados tras arbitrarios privilegios que les garantizan derechos mayores que los reconocidos por las autoridades vendidas a los sufridos nacionales. Habrá lucha total, como en 1810 la hubo contra la pertinaz metrópoli que se negó a reconocer a tiempo el tamaño de las hijas, si el poderoso país del Norte, con falsas pretensiones de metrópoli nueva, no promueve un humano sistema que rectifique la actual situación del mundo latinoamericano y garantice el orden de la paz, de la justicia, de la igualdad que sirvan de piedras sillares al nuevo sistema americano.

¿Podrá invocar el más descastado entreguista carácter anti-universal o tendencia anticristiana a un nacionalismo que sólo busca borrar la desigualdad que hoy vienen aprovechando contra los nacionales de nuestros varios países, los comerciantes

forasteros, pero que, de lo contrario, mantiene toda su frescura de humanidad a favor de quienes busquen con nosotros la justa y cordial relación amistosa? ¿Habrás visto algo tan desigual como el régimen de protección que en nuestros países gozan extranjeros que se inmiscuyen aun con carácter conspirativo en nuestra querrela doméstica y que avanzan hasta fijar líneas de conducta a nuestros gobernantes, pero que, llegado el caso de rendir cuentas, escapan bajo el amparo de los privilegios acordados a la extranjería, mientras caen sanciones, ora ordinarias, ora extraordinarias, contra los criollos que apoyaron sus negocios? ¿Pueden ser motejadas de carencia de humanidad las voces que hoy se empeñan en promover a tiempo una vigorosa relación pacífica que evite los duelos y las sangrías futuras?

No es justo ni lógico que se mantenga en nuestra América un sistema vergonzoso que termina por anular nuestra propia dignidad de Repúblicas. Contra los grandes pasos que hacia el definitivo vasallaje dan los de fuera y sus cómplices de dentro, se requiere una acción constante y vigorosa que llegue a modificar el sistema interno donde afina el provecho forastero y que obligue a los políticos del Norte a reconsiderar su sistema político en relación con la América mulata. De fuera, en realidad, viene el gran peligro; mas, es dentro donde residen las causas fundamentales de la crisis. El inversionista extranjero abusa de nuestro pueblo por cuanto hay un sistema interior que apoya sus pretensiones y porque pululan hombres de mentalidad colonialista y de conciencia abierta al soborno, que se sienten satisfechos con el hartazgo de lentejas ganadas por medio de la renuncia de una actitud decorosa que les hubiera dado derecho para ser vistos como primogénitos de la Patria.

Más que el extranjero que aprovecha circunstancias de favor, nuestro azote nacional ha sido el pitianqui³ entreguista, el cagatinta

³ Nombre dado en el Caribe al criollo vendido a los yanquis. Andresote vale lo mismo.

farandulero que hizo el bufón en la fiesta de los intrusos, el andresote alquilado al interés de los contrabandistas de la dignidad nacional. Contra ellos, en Venezuela y en toda América debe ser implacable la actitud de los patriotas que aspiran a ver recuperado algún día el decoro de la gran Patria americana.

En este orden de ideas he escrito a un egregio compatriota que en Venezuela se preocupa por los problemas de la educación de la juventud, acerca de la necesidad de realizar un trueque en el orden práctico de la educación cívica. Más que buscar acondicionamiento para la vocación de poder que se ejercita en los partidos políticos, precisa crear en las nuevas promociones una vocación de resistencia a la mandonería, desde cualquier modesta, sencilla y corriente posición social que toque resistirla. En Venezuela no se ha sabido contradecir al poder ni como amenaza ni como tentación. La historia de nuestras grandes quiebras morales no es sino fruto de esa falta de capacidad resistente para el halago y la amenaza. Todo se rinde ante la banal consideración. Nada importa el decoro personal si su manifestación puede quebrantar la merced gozosa que transfiere la amistad del gobernante. En cambio, cuando las naciones cuentan con un grupo de ciudadanos que no temen desagradar a los hombres que gobiernan ni se afanan por la gracia inválida que otorga el aprecio oportunista de los oligarcas, aquéllos y éstos cambian indudablemente la táctica encaminada a dirigir la cosa pública y a defender sus pretensiones de dominio.

De fuera y de dentro viene el mal. De ayer y de hoy proceden las razones que lo mantienen en vigencia. Nuestro deber mira, por ende, a los cuatro vientos cardinales de la Geografía y de la Historia. Se impone una revisión expurgatoria de ciertos valores presentados como expresión legítima e inmutable de nuestro tradicionalismo. Urge agrupar y revitalizar en su lugar los elementos valiosos que hemos de tomar como módulos futuros de acción. Sobre la tumba de Pedro Carujo, cerrada con más de siete llaves,

debemos erigir la efigie permanente de Vargas. (Sin embargo, de acuerdo con cierta figura profética que en 1938 me pintó en carta el grande amigo y venezolano Caracciolo Parra, deberíamos empeñarnos más bien en resucitar a Vargas y en dar cristiana sepultura a los Carujos). Enterrar a Carujo y al carujismo y enterrar también los cadáveres putrefactos de Villalpando y de Andresote, a la continua resucitados para la fiesta de la entrega de la República. En la conciencia de los nuevos venezolanos debemos erigir, en cambio, bases firmes para que estriben sobre ellas el ímpetu de Andrea de Ledesma y de Juan Francisco de León, el impulso creador de Bolívar y de Sucre, el pensamiento sosegado de Vargas, de Toro, de Michelena, de Gual, de Acosta, de López Méndez, de Gil Borges. En una correcta exploración de valores, habrá necesidad, también, de descolgar de la galería nacional de próceres y de maestros a aquellos que resulten comprometidos en la venta de la República y en el apequeñamiento del pueblo.

Por la ejemplaridad creadora, debemos avivar en el pueblo la memoria de la virtud que supo vocear los ideales de la Patria. Al puritanismo farisaico, que toma de pauta la teoría ética, precisa oponer un concepto realista de acción cívica. Las graves virtudes de salón que distinguieron a don Manuel Felipe de Tovar, si bien tienen alto precio para el lucimiento público, se desvanecen ante la actitud de quien estuvo presto a mercar con el suelo de la Patria, a trueque de seguridades para derrotar los ejércitos de la dictadura paecista y el desenfado de vida que signó a Rufino Blanco Fombona, si en realidad no se pueden presentar como modelos para la relación social, se compensan, en cambio, para la estimativa del grande escritor, con la pasión de una pluma siempre puesta al servicio de la integridad de la República y del porvenir de la América Latina. En la carta de Tovar a la Reina de Inglaterra aprenderán los jóvenes el ejemplo funesto de una oligarquía capaz de pactar con el Diablo a condición de mantenerse en el goce del poder. En la obra de Blanco Fombona, deshumanizado para la

lección del pueblo, las nuevas generaciones pueden recalentar el espíritu para la lucha por la integridad de la Nación.

Más que taras, defectos, caídas y vicios debemos buscar en nuestros hombres y en nuestro pueblo sin nombre el hilo oculto del mejor pensamiento venezolano. Poderosos espíritus existieron siempre en actitud de resistencia contra tentaciones y amenazas. Ese pensamiento con vida subterránea en la conciencia de hombres y mujeres que no pactaron con la injusticia y con la entrega, es mejor aliño para la obra futura de la República que el grito ensorberbecido del tirano transitorio o la palabra oportunista de quien confunda la paz y el orden de la sociedad con la plácida siesta que sigue a una opípara pitanza con lentejas traidoras. Con la humildad de Ruth, bajémonos a recoger la pobre espiga abandonada, ciertos de que nuestra diligencia nos llevará a formar gavilla generosa y a gozar más tarde la abundancia de los graneros de Booz. Junto con esta fe en nuestra posibilidad de pueblo, debemos decir a quienes se sientan comprometidos con el error antiguo, que no es lealtad perseverar en la mala causa ni testimonio de carácter amarrarse al error de ayer; lealtad, en cambio, es aprovechar el tiempo nuevo para recomenzar, bajo signos de mayor acierto, la obra defectuosa del pasado. De mí sé decir que nada me estimula tanto para ayudar con mi modesta aportación a la causa de la República libre, como saberme en deuda con ella por los posibles errores y por las muchas deficiencias de mi modesta vida pública. La Patria pide en estos casos que cada quien haga suya la frase hamlética de Julio Laforge: “Adelante, sobre las tumbas”. Adelante, sí, pero que en las tumbas duerma no el cadáver de nuestros contrarios, sino el cadáver del propio egoísmo que ayer conspiró a hacer erradiza nuestra colaboración en el servicio de la Patria.

Nuestro pueblo, nuestro altivo y sufrido pueblo, pide que se le mantenga en la fe de sí mismo, en la fe de su destino poderoso, en la

fe de que el dolor presente le pulirá aún más la robusta conciencia sobre la cual afincará el vuelo para ganar la victoria final contra las fuerzas diabólicas que se oponen a la realización de su destino.

Para ello ha de dirigir tenazmente la voluntad hacia la defensa de sus mejores valores y hacia la purga de los factores subalternos que han pretendido presentarle como expresión inmóvil de su propio destino. Por viva experiencia sabe que no es ya el mismo pueblo que en 1889 pintó Luís López Méndez como “hordas indisciplinadas y brutales, llevadas a las urnas por unos cuantos intrigantes que comercian con sus votos”. El de hoy es pueblo con suficiente educación y con propia luz para discernir su preciso camino. Ese pueblo siente la necesidad de vivir la convivencia y la armonía de la República. Ese pueblo sabe que su destino es salvar una vez más la independencia económica y la libertad política que ayer ganaron los Padres de la Patria. Sabe, también, que el suyo no es destino aislado, sino vocación de mancomunidad con los pueblos que hablan nuestra misma lengua y trabajan sobre el mismo yunque creador las formas de la nueva cultura.

El destino de Venezuela reclama que en el orden del espíritu, tanto como con el provecho de sus grandes riquezas, tenga primacía la perennidad de sus signos, para que canten y fluyan libremente el árbol, el panal y el nido que, como ley de trabajo, señaló a su diligencia el pensamiento ardorosamente venezolano de Juan Vicente González. Sin llegar a chovinismos censurables y ridículos, debemos educar al pueblo y debemos formar sus instrumentos directivos para que Venezuela sea dirigida y aprovechada por venezolanos, para honra, goce y gloria de los venezolanos; para una gloria, un goce y una honra que no representen, tampoco, exclusión alguna del hombre de otras patrias, que junte fraternalmente, y no con miras de dominio, su pensamiento, su corazón y su brazo al brazo, al corazón y al pensamiento de los venezolanos.

Menos aún significaría nuestra venezolanidad aislamiento alguno de los demás países que luchan en nuestro continente por realizar los ideales de justicia, de paz y de plenitud que forman el fin universal de la Cultura. ¡Si ellos son nuestros hermanos de sangre y con ellos hemos luchado y sufrido por los mismos ideales de libertad y de república!

Haciéndonos y defendiéndonos a nosotros mismos; uniéndonos, después, para esa misma defensa con los pueblos de América que se saben forjados en la misma fragua maternal y que, a la vez, se ven amenazados por idénticos peligros, podemos llegar a sentirnos dignos miembros de la unidad de naciones que agrupa, de acuerdo con lo plural y con lo diferencial del carácter nacional, a hombres sobre quienes gravita el mismo destino de seres portadores de espíritu. Unidos y fuertes, podremos mañana proseguir el mensaje que de nuestros pueblos americanos espera la vieja Europa que nos dio, para remozarla, la savia de su imperecedera cultura.